

HISTORIA

Herederos envenenados

EDAD MEDIA Alfonso de Castilla y Enrique IV fallecieron en plena disputa por el trono.

Roberto Pelta Fernández, Madrid

Hermano menor de Isabel I de Castilla, la reina Católica, y de Enrique IV, el Impotente, el infante Alfonso de Castilla, de la dinastía Trastámara (1453-1468) era conocido como Alfonso El Inocente, porque la nobleza le manejaba en favor de sus intereses. Un grupo de nobles encabezados por Juan Fernández Pacheco (Marqués de Villena) y su hermano Pedro, le proclamó rey con tan solo 11 años como Alfonso XII, en el transcurso de una ceremonia llamada la Farsa de Ávila.

Los conjurados colocaron un cadalso de madera fuera del recinto amurallado de Ávila donde depositaron un muñeco relleno de paja y lana, con su corona y cetro. Representaba al rey vestido de luto y ataviado con la corona, el bastón y la espada reales. Se celebró una misa y posteriormente los rebeldes subieron al tablado y leyeron una declaración con los cargos que se le imputaban a Enrique IV: su simpatía por los musulmanes, su condición de homosexual y que no era el verdadero padre de la princesa Juana, apodada la Beltraneja, porque creían que Beltrán de la Cueva era su verdadero progenitor. También negaban a Juana su derecho al trono y declararon que Isabel y Alfonso eran los sucesores legítimos de la Corona de Castilla. Tras el discurso, el arzobispo de Toledo le quitó a la efigie la corona, el conde de Plasencia le despojó de la espada (símbolo de la administración de justicia) y el conde de Benavente le quitó el bastón (símbolo del gobierno). Diego López de Zúñiga, hermano del conde de Plasencia, derribó la estatua gritando: “¡A tierra, puto!”. Acto seguido subieron al infante Alfonso al tablado, lo proclamaron soberano al grito de “¡Castilla, por el rey don Alfonso!” y procedieron al besamanos.

Se desencadenó una guerra entre los partidarios de Enrique IV y los de Alfonso XII, que instaló su corte en Arévalo. Durante tres años coexistieron en Castilla ambos reyes, con sus respectivas cortes. Cuando Alfonso XII se dirigía con su ejército a conquistar Toledo, que había ocupado Enrique, pasaron por el pueblo abulense de Cardeñosa, donde Alfonso cenó una trucha del río Adaja en una posada. Hubo de guardar cama varios días con fiebres elevadas, hasta su muerte en 1468.

Se habló de la peste bubónica como causa del óbito, pero los rumores de un posible envenenamiento se extendieron por Castilla, porque la presencia del veneno era bastante común en las cortes renacentistas. Según un estudio publicado por la historiadora y profesora de la UNED María Dolores Carmen Morales



Tumba de Alfonso de Castilla en la Cartuja de Miraflores (Burgos); obra realizada por Gil de Siloé en el siglo XV.

Algunas sospechas indican que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón intoxicaron a Enrique IV

Alfonso XII falleció, presuntamente, tras comer una trucha de río que le provocó una fiebre mortal

Muñiz y el profesor de Antropología Física de la Universidad de León Luis Caro Dobón en la revista de genealogía, nobleza y armas *Hidalguía* (Año LX. N° 358-59. 293-321. 2013), tras efectuar un estudio de los restos cadavéricos expertos de tres laboratorios diferentes (Léon, Madrid y País Vasco), no hallaron restos del bacilo causante de la peste, la *Yersinia pestis*. Alegaban los investigadores que era improbable que Alfonso XII sucumbiera a una infección que había tenido su gran epicentro un siglo antes, en 1347: “Su fallecimiento se produce en un emplazamiento temporal, un campamento, no es una población permanente que es

donde podría haber madrigueras de la rata negra que transportaban a la pulga infectada con el bacilo”.

Ante la ausencia de vómitos y diarreas en las descripciones de las fuentes documentales, apostaban por el empleo de un veneno vegetal: “Dado que estamos en una época del año, julio, en que la floración está en su apogeo, es posible que así fuese. No hay que olvidar que los hombres medievales conocían muy bien los efectos de las hierbas...”.

El principal sospechoso sería el Marqués de Villena, compañero de juegos de Enrique IV y que obtuvo de manos del príncipe Alfonso, en fechas cercanas a la muerte de este, la titularidad del Maestrazgo de Santiago. Al ser menor de edad, Juan Fernández Pacheco sería su tutor, con cargo de coadjutor de la orden desde 1469 y su repentina muerte le resultó muy provechosa. Según Palencia, cronista de la época y testigo presencial del supuesto crimen, Pacheco “comió con gran aparato mientras el resto de los que rodeaban al rey se quedaron desolados”.

La muerte del rey Alfonso ocurrió en un momento que habían fracasado todos los intentos de negociación

entre enriqueños y alfonsinos. A Fernández Pacheco no le interesaba que Alfonso pudiera ser relegado a su condición de príncipe heredero, porque el Maestrazgo volvería a su administración. Y aunque había sido uno de los cabecillas de la Farsa de Ávila, volvió a mostrar lealtad al rey Enrique IV, que falleció en diciembre de 1474.

Más sospechosos

También surgieron rumores de un posible envenenamiento de este monarca a manos de su hermana Isabel y de su marido, Fernando de Aragón. Las sospechas se basaban en que el soberano había caído enfermo durante la ronda de negociaciones que mantuvo con Isabel para pactar los términos sucesorios.

Enrique IV tuvo bastantes achaques a lo largo de su vida y según el humanista e historiador español Fernando del Pulgar “era doliente de la hijada [cada una de las dos cavidades simétricamente situadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas] y de piedra”.

Tras morir Enrique IV su título de heredero al trono pasó a ser disputado entre su hija Juana la Beltraneja y la futura reina Isabel la Católica. El principal valedor de Juana La Beltraneja fue el rey de Portugal, lo que llevó a la mayoría de la nobleza castellana a decantarse por Isabel contra la amenaza extranjera. Se desencadenó la Guerra de Sucesión Castellana, que concluyó con el triunfo de Isabel que logró apoderarse del trono castellano-leonés. La reina de Castilla fue designada heredera legítima en una ceremonia celebrada en los Toros de Guisando, el 19 de septiembre de 1468, conocida como la Concordia de Guisando.

En el Monasterio de Guadalupe, en Cáceres, uno de los lugares que frecuentó Isabel I de Castilla desde que era una joven infanta, fue enterrado Enrique IV. En 1946 el doctor Gregorio Marañón y un equipo de expertos comisionados por la Real Academia de la Historia, halló en el Altar Mayor de la iglesia del Monasterio dos ataúdes con las momias Enrique IV y de su madre María de Aragón. Tras estudiar los restos del soberano, Marañón apuntó la posibilidad del arsénico como causa de su muerte. Y María Jesús Fuentes, profesora de Historia Medieval, halló en una biblioteca de Harvard la copia de un manifiesto firmado por la Beltraneja en el que tachaba a su tía de codiciosa y soberbia y la culpaba de envenenar a su padre.

Autor de ‘Puro veneno (tóxicos, ponzoñas y otras maneras de matar): La Esfera de los libros. 2023.

LIBROS



La última obra de Ibáñez

Magos del Humor 222 (Brugera) es la última historieta que protagonizan los personajes más famosos del cómic español: Mortadelo y Filemón. Una obra inacabada por Francisco Ibáñez que ofrece una nueva aventura de los entrañables agentes de la T.I.A. en los próximos Juegos Olímpicos de París. En este tebeo el autor trabajó hasta el último día: 20 páginas de guión a máquina y viñetas a lápiz repletas de su perpetuo y gran sentido del humor.



► Un día en bucle

Después de vivir el peor día de San Valentín del mundo, Emilie huye a casa de su abuela en busca de compañía y una reconfortante charla de chicas. Por alguna extraña razón, ese incómodo día se repite en bucle. En *Mejor que ayer* (Puck) la autora del *bestseller* *Mejor que en las películas*, Lynn Painter, nos regala un libro cargado de los sinsentidos del amor que se repiten una y otra vez.



► Los testigos del Cid

La Edad Media era un tiempo de caballeros, reyes, damas, comerciantes, truhanes, campesinos y también de juglares. En *El Juglar* (HarperCollins), Antonio Pérez Henares desglosa la vida de estos peculiares personajes que transmitieron de boca a boca las andanzas, aventuras y desventuras del guerrero más famoso de la época o quizá de la historia española: Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid.